

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERRAZ: Administracion de *El Turulense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, *quinco* céntimos de peseta.
 Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Pinar, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime 1, 42, frente al restaurant de Fortis.
 —No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Crónica madrileña*, por D. José M. Matheu.
- II.—*Notas críticas sobre la tragedia clásica y su influencia en el Teatro y Literatura modernas* (continuacion), por D. E. Sanz y Escartin.
- III.—*Los Justicios de Aragon*.—II.—Por D. Victorio Pina.
- IV.—*Un diplomático en Tong-tchu-fu*, por Méry.—Traduccion libre del francés (conclusion).
- V.—*Por Ella y para Ella*, por P. del Nido.
- VI.—*Espéctáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA MADRILEÑA.

Para no sacrificar el órden cronológico de los sucesos me veo en la precision de echar una mirada retrospectiva á lo pasado. Seré breve.

Poco puede decirse de la exposicion de aves y flores despues de lo que han hablado los periódicos sobre esta nueva idea planteada por la Sociedad protectora de animales. La vida de las ideas tiene su desarrollo más ó ménos lento, segun el terreno donde cae la semilla. Los jardines del Retiro estaban adornados con esquisito gusto y sencillez; banderas, lemas humanitarios escritos sobre blancos carteles, pequeños pabellones donde se agrupaban y exponian las colecciones de aves y de insectos, templetas para las músicas que amenizaban aquellos sitios; hé aquí lo que vimos. El dia 24, sobre todo, los jardines se vieron inundados por lo más selecto de nuestra sociedad, que iba y venia bajo sus floridas bóvedas, deteniéndose sobre los objetos más raros y caprichosos, y aplaudiendo el pensamiento humanitario que tiende á suavizar algunas costumbres bastante bravías y ciertos espectáculos que más debian inspirar horror que otra cosa.

El dia 25 la misma elegante y culta multitud, aunque con mayor entusiasmo, se dirigia á la plaza de toros á presenciar una magnífica corrida (*soi-dissant*) cuyos productos se destinaban á la Beneficencia. Tambien la plaza estaba engalanada con los colores nacionales y las moñas y divisas eran de sumo gusto, pero el sentido comun, bastante disfrazado para no dejarse conocer, miraba y contemplaba absorto estas contradicciones y decíase

á sí mismo: ¿Cuál de las dos enseñanzas conseguirá arraigar en el porvenir? Indudablemente las dos, mientras se sacrifique á la moda y al deseo de exhibirse toda clase de miramientos, incluso el pudor público.

El problema lo resolverá el tiempo, pero en el interin, todo puede tener y todo puede esperarse de una sociedad ficticia, sin norma, ni gusto, ni criterio, que danza en todas partes y que hoy aplaude lo que mañana anatematiza, disputa siempre á pagar los trastos rotos con tal que al pagarlos se les permita enseñar el palmito de la cara.

* *

Uno de los teatros que más alzas y bajas han sufrido desde su inauguracion hace cuatro años es el de Apolo. Sobre su escena han pasado todas las excelencias y todas las extravagancias del arte; el drama romántico y la zarzuela bufa, la alta comedia y el juguete lírico; despues de Vico, Arderius; despues de Morales, la Cubas, y ahora ha vuelto Morales, que es actor inteligente, pero de escaso vuelo y tal vez excesivamente frio en sus maneras. Ha representado estos dias *el Tejado de Vidrio* del Sr. Ayala y luego *Las memorias del diablo*. ¡*Haute nouveauté!* como dicen los franceses.

* *

Y puesto que estamos en camino y no tenemos más que doblar la verja del ministerio de la Guerra y avanzar hácia Recoletos, llegarémos al Circo de Rivas, donde continúan en escena *Los polvos de la Madre Celestina*. Esta *Madre Celestina* es una vieja remozada que ha pasado por la *perfumería inglesa*, por el Bazar moderno y por el taller de los señores Valls y Muriel, y acaba de exhibirse en compañía de Mariano Fernandez que le canta las consabidas coplas, donde á mi juicio sobran los nombres propios. Porque entónces ¿dónde está la gracia y la pimienta de las insinuaciones? No le gusta al público que se lo digan todo, y por el contrario. es preciso dejarle que adivine muchas cosas.

Los hermanos Girard han desaparecido ya de este teatro, pero eran verdaderamente notables, por la soltura, agilidad y perfeccion de sus saltos y movimientos. No puede llevarse más léjos la dislocacion de todos los miembros, empezando por la cabeza y acabando por la punta de los pies. Aquellos

Creon, haciendo sacrificio de la propia vida en el momento más bello de la existencia, cuando la naturaleza le brinda con sus torrentes de luz y de poesía, el corazón contiene apenas la savia de la vida que pugna por comunicarse en afectos inefables y el alma humana se vé sobreecogida por éxtasis cuasi-divinos. Antígona muere pronunciando aquellos bellísimos versos: «*O tombos, ó nynfeion, ó kataskafes!*» «¡Oh sepulcro! ¡oh lecho nupcial! ¡oh subterránea mansion que no abandonaré nunca!»

Hé aquí la gran creación de Sófocles, el ideal más alto de la tragedia antigua. La desgracia, sancion inevitable del crimen y del pecado; la rehabilitación, consecuencia necesaria del arrepentimiento y de nuestra naturaleza, buena por su esencia como obra de Dios; la piedad filial y fraternal que ofrece á nuestra contemplación un ideal purísimo, un ideal cristiano, presentimiento en el alma del poeta, del *vate* de la transformación y la ruina del sensualismo pagano.

«Mi corazón sólo sabe amar...» exclama por boca de Antígona: idea noble y elevada, flor de suaves aromas nacida en tierra extraña al calor del génio de Sófocles. Vislumbra y consigna en sus versos la unidad divina, y al hacerlo, en nada ceden sus acentos de los que más tarde brotan de los inspirados lábios del estóico Cleanto. Belleza incomparable en la forma, grandeza en los caracteres, interés vivísimo en las situaciones, fondo esmaltado de pensamientos dignos de la pluma que trazara el «Phædon:» tal es el admirable conjunto que presenta el insigne poeta griego.

Eurípides es el tercero de los grandes trágicos antiguos. Sus concepciones capitales son Medea y Fedra. Medea, presa de la horrible pasión de los celos, desgarrá los hijos á que ha dado el ser. Fedra, poseída por una pasión condenada por la naturaleza, semejante á la que inspira á Mirra el «¡O madre mia felice!» de nuestro teatro contemporáneo, concibe un designio malvado, é Hipólito, el hermoso mancebo objeto de pasión incestuosa, parece inocente á manos de su propio padre que, tarde ya, comprende su inocencia.

Eurípides descendiendo, por decirlo así, de la elevada región de las ideas generales para alimentarse con la realidad palpitante y desnuda. El interés dramático es mayor, el argumento más complicado; pero la magistral severidad desaparece, el sello de grandeza que pudiéramos llamar divino se borra, lo *sobrenatural* no mueve con misterioso resorte las humanas pasiones, el *coro*, finalmente, no dá tono y colorido á la tragedia como en Esquilo y Sófocles.

¿Qué es, después de lo dicho, la tragedia griega? ¿Cuál fué su misión?

La eterna oposición de lo real y de lo ideal, la lucha del génio con ideas que informan una civilización entera, la tradición heroica, el sentimiento religioso, la expansión por medio del arte de ese elemento que jamás se sácia, que jamás llena sus ideales, de ese anhelo del alma humana por todo lo que es grande, por todo lo que vé como la meta de su incesante aspiración. Aquellos sentimientos tan hondamente sentidos, tan magníficamente expresados, sacuden el letargo de la actividad, la inercia del espíritu. La acción trágica muestra el castigo que sigue á la pasión sin freno, en Edipo; la abnegación que persigue el bien por el bien, en la dulce Antígona; la omnipotencia divina; deposita un gérmen precioso de las grandes ideas que con el tiempo darán su fruto en organismos regenerados; hace entrever en medio del politeísmo antiguo la noción del monoteísmo espiritualista que lo había de sustituir para bien de la humanidad. Y cuando la enseñanza moral no cabe en la trama de la tragedia, ahí está el *coro* que suple al propio tiempo la falta de personajes que más tarde habían de introducir Shakspeare y Calderon, y que Horacio nos dá á

conocer del modo siguiente: «Es el defensor natural y el digno consejero del hombre honrado. Apacigua, calma, consueta. Celebra en sus cantos las delicias de una mesa frugal, la grandeza de la justicia, la autoridad de la ley y los bienes que reporta la paz á las ciudades.»

Mas ¿cuál fué el juicio de la antigüedad sobre la tragedia griega?—El pueblo griego juzgaba á la tragedia con arreglo á su sentido natural artístico que rara vez le engañaba; pero carece de reglas, no se ha precisado aún cual es el tipo á que debe ajustarse la tragedia.—Aristófanes, el inmortal poeta cómico, defensor de los dogmas é instituciones tradicionales, el detractor—tal vez por esto—de la más noble figura de la antigüedad, cuyo carácter rebaja, desnaturaliza, lanzando á manos de la envidia, de la ignorancia y de la maldad los elementos de que más tarde se sirvieran para la acusación y muerte del inmortal maestro, Aristófanes decimos, ataca rudamente á los trágicos y muy en especial á Eurípides.

Pero vemos ya aparecer el espíritu crítico en Aristóteles. El inmortal fundador del método inductivo, el único procedimiento tal vez que preserva al hombre del extravío y del error sistemático, formuló su juicio sobre la tragedia griega, prescribió reglas que más tarde se habían de interpretar torcidamente por muchos, trabas de toda inspiración y libertad, buscó un ideal de la tragedia más bien que un juicio exacto de la misma en aquel período, y adelantándose á un tiempo bosqueja lo que él entendía por modelo de este género, de tal modo, que ha podido ser aceptado como tal, por poetas y pensadores tan insignes como Lessing, Schiller y otros. Así vemos que rechaza lo sobrenatural y el fatalismo, bases sobre las cuales aquella descansaba.

De la escuela Alejandrina nada conservamos sobre esta materia. Horacio la estudia, sin emitir juicio sobre el valor y mérito de cada uno de los trágicos. Quintiliano tan sólo los considera bajo el punto de vista de su objeto: la oratoria, y Ciceron del mismo modo recomienda su lectura á filósofos y oradores.

Mas ya que hemos tocado á escritores romanos, séanos permitido lanzar una ojeada sobre el carácter y destino de este pueblo, ojeada que nos explicará en cierto modo la suerte que en Roma cupo á la tragedia.

Causas que no nos es dado señalar aquí producen la pérdida de la independencia para la Grecia y la ruina consiguiente de su esplendor artístico y literario. Mas el pueblo que la dominara, su hermano de raza, hereda en gran parte el tesoro de cultura que Grecia acumulara, sabiendo imprimir á las artes y literatura, que, á la verdad, provenían de la Grecia, un carácter propio que revela su peculiar manera de ser. Roma, pueblo destinado á propagar el *derecho*, que había de cultivar con tanta atención y sabiduría, á realizar la unidad material precursora de la unidad moral á que más tarde había de aspirar el cristianismo, imprime á sus obras un carácter práctico y positivo desconocido en Grecia. El artista griego busca la belleza y la ama como belleza que es; pone en práctica lo que hoy se llama teoría del arte por el arte. El romano al fin estético mezcla ideas de aprovechamiento y utilidad. Por eso sus artes plásticas tienen de sólido y duradero lo que aquellas de bello y armonioso (1).

Cultívanse en Roma con fortuna los géneros cultivados en Grecia. La tragedia lo es por Quinto Ennio y Ovidio, y sobre todo por Séneca, quien alcanza gran nombradía y privanza, especialmente por parte

(1) Profesando nosotros del arte el concepto de que es «la actividad aplicada ó en realización, según reglas,» afirmamos la calidad de artista lo mismo del que forma un cuadro que del que produce un poema.

de los eruditos del Renacimiento de las letras. Sin embargo, Séneca, como sabemos, no creó nada en punto á dramática, adulterando por el contrario los caracteres de la tragedia Griega, sin perseguir otro objetivo que el de exponer por este medio sus máximas de filosofía. Fácilmente se explica, dados estos antecedentes, que las tragedias de Séneca no puedan sufrir la representación y sean tan sólo propias para la lectura privada. Solo un gusto extraviado y un ciego apasionamiento pueden proclamar con Scalígero á Séneca como modelo de autores trágicos.

Pero el mundo antiguo estaba herido de muerte, y del mismo modo su literatura. En vano Quintiliano pretende oponerse con sus «Instituciones» á la inevitable corrupción del buen gusto, en vano se procura por artificiales medios reanimar aquel cuerpo enfermo. Todo fué inútil. El arte clásico, la literatura clásica caía con la sociedad en cuyo seno se produjera con los Dioses que habia cantado, con la civilizacion que habia contribuido á formar. Aquellos poderes, aquellas creencias, aquella literatura, habian cumplido su mision Providencial. Nuevos elementos van á vivificar y renovar las sociedades; y el espíritu humano en la manifestacion de su actividad artística hacia la belleza vá á encaminarse por nuevos senderos.

III.

El Cristianismo.—Los Bárbaros.—Elementos generadores del Renacimiento.

El acontecimiento previsto por los profetas y presentado por la Humanidad que sentía en su seno que la lenta y penosa elaboracion de los siglos habia llegado á su término se produce en una apartada provincia del Imperio Romano. Una verdadera trasformacion vá á operarse en el mundo antiguo. Las ideas que bullian en la mente de algunos filósofos, sin orden ni enlace, ván por fin, vivificadas por la vida inimitable y sublime sacrificio de Jesus que lega su espíritu á sus discípulos, á difundirse por todas partes. Las palabras de libertad y fraternidad cristiana se pronuncian, y el hombre sacude la cadena de la materia que le oprimen con pesadumbre mayor que los eslabones de hierro que sujetaran al esclavo; y dirige su vista á otras moradas en donde la felicidad es pura y no está sujeta á la contingencia y á la inseguridad. Se quebrantan aquellas divinidades símbolo tan solo de lo natural y humano y el alma adora al verdadero Dios, eterno, único, infinito, absoluto, que á todos nos ha dado una esencia igual y un mismo fin que cumplir necesariamente. Millares de mártires derraman su sangre en aras de la fé, como una reaccion inevitable al exagerado materialismo del mundo antiguo y como clara prueba del elemento divino de nuestro sér. Los primeros cristianos, abandonando cuanto en la tierra nos llama y nos atrae, dirigen todas sus facultades de una manera exclusiva al fin religioso.

En aquellos primeros siglos verificase otro suceso de la misma importancia; la invasion por largo tiempo preparado de los pueblos del N. E. de Europa, que es el último golpe á la organizacion, institucion y creencias de la antigüedad. Aportan de los bosques germánicos y de las riberas de los mares del Norte un elemento que ha de influir poderosamente en la sociedad del porvenir; el sentimiento de la individualidad, antítesis de la creacion socialista del imperio romano. Este sentimiento que habia de producir el sistema feudal, ilustrado y dotado de una base racional por el cristianismo que predicaba la igualdad humana y proclamaba contra el antiguo fatalismo la libertad de nuestro espíritu es de capital trascendencia.

Nace una literatura que siguiendo la marcha de las ideas en el hombre presenta un carácter esencialmen-

te distinto de la pagana: una literatura que se opone á aquella por los fines que persigue y que contiene los gérmenes que la habian de alimentar en dias de esplendor con el nombre de Romanticismo. Su objetivo no es ya cantar el material placer de un amor que ni un reflejo de espiritualidad ennoblece, ni describir las bellezas de la naturaleza sin el sentimiento de una finalidad superior que las idealice, ni los triunfos de los atletas en la carrera y de los poetas en los juegos Olímpicos: nuevos y mas altos ideales serán el fin que perseguirá.

No hemos podido pasar en silencio una época memorable y que tanta influencia ha ejercido en la marcha de la Humanidad. El cultivo de los clásicos sufre un largo eclipse; pero pronto lo veremos renacer con entusiastas adeptos.

(Se concluirá.)

E. SANZ Y ESCARTIN.

LOS JUSTICIAS DE ARAGON.

II.

Indudablemente el reino de Aragon, sostenido por las palabras y ejemplos de patriotismo del anacoreta *Juan de Atarés* y de los nobles monjes zaragozanos *Voto* y *Félix*, y vigorizado por los triunfos de los reyes de Sobrarbe, hubiera sucumbido juntamente con *Sancho Garcés* al caer abrumado y muerto por las huestes de *Muza Abenheazín*, rey moro de Zaragoza, si el consejo de ancianos no hubiera empuñado con mano experta el timon del Estado y al través de los peligros de un interregno no lo hubiera anclado al abrigo de la furiosa tormenta mahometana, tanto más difícil de vencer, cuanto más sagaces y políticos los musulimes, dada la fatalidad de su teología, el despotismo de su gobierno, encarnacion feroz de su religion exterminadora y la crueldad de su carácter, impetuoso como el *simon* que arrastra los arenales calcinados de los desiertos, y cruel como el hambre de una hiena: iniciaron una política de concesiones que lógicamente habia de disminuir el número de refractarios á su poder y evitaría el engrosamiento de las filas de los que, mal avenidos é intransigentes con los conquistadores amurallados en el Pirineo, no se darian trégua ni descanso hasta arrojar de los llanos—que pobláran sus padres, victoriosos legionarios de César,—á unos africanos advenedizos. Empero por uno de esos arcanos que llaman la atencion del que en la marcha incesante de las naciones no vé sino la combinacion de fuerzas y resultados, y afirman las convicciones de los que detrás de esos fenómenos dinámicos vislumbran una inteligencia universal que regula el movimiento de la humanidad, Aragon no murió á manos de la violencia homicida de los adoradores del *Corán*, y á aquel interregno sucedió una monarquía y un Justiciado. Los reyes, inteligencia del brazo vigoroso aragonés, y los Justicias, moderadores de esta inteligencia y genuinos representantes de este pueblo heroico que habia de admirar con sus atrevidas hazañas á Bizancio y doblarian la frente de sus ágiles é intrépidos almogávares en Grecia el mirto y el arrayan, fueron conquistando palmo á palmo las tierras que rodean el valle donde se alza Zaragoza, y rompieron las cadenas de oro de esa Reina del Ebro, con que la amarráran los generales al carro triunfal de los califas. Derrotado y muerto en *Valltierra* en 1110 *Abu-hazalen* ó *Almustaen*, 16.º rey moro de Zaragoza, por *D. Alfonso el Batallador*; libres de enemigos las llanuras de *Mallen* y *Alagon*, convirtió toda sus solicitud este emperador en conquistar la metrópoli del territo-

rio sedetano, que por más de cuatrocientos años, agitada por torpes bastardías, ambiciones y terribles jornadas de los bandos almoravides y almohades, que ensangrentaban sus calles y encrucijadas; melancólica á la vista del *Castellar*, centinela avanzado de los aragoneses libres; del *Guara*, que con sus puros aires le recordaba su independencia, y de las montañas de Jaca, cuna del reino, que la codiciaba para corte, desde los minaretes de la *Aljafería* y torreones de la *Azuda* tendía sus miradas por las riberas del Ebro por si divisar podía sus hijos, que acudían á salvarla.

En tanto Alfonso, después de haber espugnado *Daroca*, *Tarazona*, *Calatayud*, *Rueda*, *Zuera*, *Almudécar* y *Sariñena*, llevando por capitanes de sus ejércitos á los franceses *Rotron de Alperche* y *Gaston de Fox* y los aragoneses *Aznar Aznarez*, *Galindo de Belchite*, *Lopez de Ayerbe*, *Pedro Miron de Entenza*, *Sancho de Huesca* y el *Justicia Pedro Gimenez*, (1) comenzó á batir los muros de la ciudad, que defendían con bizarría los moros, esperanzados con el próximo socorro de los reyes sus correligionarios, especialmente el de Berbería, el cual, como les faltase, accedieron á la capitulación, que les habia propuesto el monarca aragonés, en *Diciembre de 1114 segun opina Blancas*, y en *1117 segun cree Zurita*, é hizo su entrada en *Zaragoza* el 6 de *Enero próximo, fiesta de la Epifanía*, como asegura la tradicion.

Ocupada la ciudad, la necesidad de regular la administracion del reino, defectuosa en aquellas circunstancias de lucha, hizo que el Rey y el Justicia se desnudáran la malla para vestir la toga, puesto que durante los tiempos de la reconquista, revestidos todos los aragoneses de carácter militar, prescindiéron por completo de las prescripciones de la jurisprudencia civil para resolver sus asuntos por la militar: esta es la razon, en concepto de muchos escritores, de que el Justicia no aparezca ejerciendo su autoridad. Añádase además que tal pudo ser el respeto de los monarcas al contrato *bilateral* que se establecía entre él y la nacion, en el que mutuamente se comprometían, el soberano á guardar, hacer guardar y mejorar los fueros, y los vasallos á obedecerle, que hizo innecesaria la accion del Justicia; y nos inclinamos á creer que así sucedió, porque conservándose noticias de hechos de importancia muy secundaria para el país, es punto ménos que imposible que de haber puesto los monarcas algun acto que tendiera á barrenar los fueros, uno de los cuales dice á la letra: *Jura dicere Regi, nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio*; que significa, *No será lícito al Rey hacer leyes, sin oír el parecer de sus súbditos*, no hubiera estallado el sentimiento de indignacion nacional, á cuyos sacudimientos se desplomán las dinastías más sólidamente fundadas, y sus consecuencias se hubieran grabado profundamente en la conciencia de los pueblos que las presentáran como testimonios de cuanto era susceptible su dignidad herida.

Existen además otras razones por las que se vé no fué tan preciso el ejercicio de la autoridad del gran magistrado popular para proteger los sagrados intereses, cuya custodia le estaba encomendada, durante la época anterior á la conquista de Zaragoza; motivo sin duda de que ignoremos los nombres de los investidos con tan alto cargo: rodeado el Rey de los ricos hombres de *natura* é identificados estos con las leyes, privilegios é inmunidades nacionales, en las cuales radicaban los títulos de su posicion gerárquica y preeminencias, solidarios de su acrecentamiento ó menoscabo, llamados por el fuero, que libremente dice: *Bellum aggredi, pacem inire, inducias agere, remve aliam magni momenti pertractare, caveto Rex, præterquam*

seniorum anuente consensu; ó en castellano: *De acometer ó emprender la guerra, de hacer la paz, de ajustar tréguas ó tratar otro asunto de gran interés, te guardarás, Rey, sin anuencia del consejo de los señores*. Llamados, decíamos, á formar el consejo consultivo del monarca en cuantos negocios entrañaban alguna importancia para el porvenir del reino, sus palabras eran decisivas, y era muy grande su poder por la fuerza que le prestaban la ilimitada confianza y el valor de todas las clases para que un monarca cuerdo lo hubiera despreciado: todavía se podría añadir una nueva razon de la inercia del poder de los Justicias y del silencio de la fama en publicar sus nombres durante el período en que se dirimia en los combates el gran litigio entre dos razas enemigas hasta el estermínio; enérgica la aragonesa y endurecida por las fatigas, indolente la mahometana y enervada por el sibaritismo; fuerte la primera con la pujanza que dá una sola aspiración, débil la segunda y gastada por múltiples tendencias y banderías: «que la union es fuerza» ha dicho un poeta inmortal, y «la division es la destruccion» pronunció un filósofo y legislador divino: pudo consistir esta razon en que subordinado á la rapidez el feliz éxito de las operaciones militares, gustando ésta solo de la compañía de la oportunidad, valor y estrategia y no de la lentitud de los procedimientos indispensables para resolver las desconfianzas que pudieran surgir entre el soberano y los vasallos, las sacrificáran ambos en aras de la victoria.

Antes de terminar este artículo, para mayor claridad debemos manifestar que fijamos—para no engolfarnos en muchas cuestiones—en cuarenta y nueve el número de los Justicias conocidos, ó sea desde *Pedro Gimenez*, que acompañó á *D. Alfonso el Batallador* en su empresa de conquistar á Zaragoza, en la que como testigo y Justicia suscribió un privilegio otorgado por el mencionado monarca en 1115, hasta el malogrado *Juan de Lanuza*, cuarto magistrado de este nombre y cognomento y sexto de su familia, elevado á esta dignidad por la cesárea majestad de *Carlos V* en 16 de *Abril de 1554*, preso de orden del general de Felipe II, *Alonso de Vargas*, por el oficial *Juan de Velasco*, asistido de los *PP. Maestros agustinos Fr. Gerónimo de Aldobera* y *Fr. Pedro Leonardo* durante las horas supremas que precedieron á su trágica degollacion en el *Mercado* en 20 de *Diciembre de 1591*; por cuanto á partir de esta fecha, mutiladas las libertades aragonesas, que tanto respeto infundieron á la grande alma de *D. Alfonso IV el Piadoso*, y que le obligó á defender la ira de su esposa doña Leonor con estas bellas palabras: *Es ingénita á nuestra nacion la libertad, que Nos no podemos quebrantar; que no es su carácter como el de otros reinos, que se aviene á la servidumbre. Ella nos reverencia á Nos como á Señor; Nos la queremos como á fiel súbdita y compañera*, la significacion de los doce Justicias que le sucedieron fué secundaria. Y dando fin á este artículo, conforme á lo prometido, biografiaremos en el siguiente á Jimeno Perez de Salanova.

VICTORIO PINA.

UN DIPLOMÁTICO EN TONG-TCHU-FU,

POR MÉRÝ.

(TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS.)

(CONCLUSIÓN.)

Una salva de cañonazos le arrancó bruscamente el sueño; hizo el pobre lord esfuerzos prodigiosos por reunir las diversas partes de su cuerpo, esparcidas por los cojines, y al fin se puso de pié como un autómeta,

(1) Zurita y Blancas.

El ministro Tsin estaba delante de él mostrando una de esas caras resplandecientes de beatitud y serenidad que la sábia escritora Pan-ho-peí ha comparado con la luna llena levantándose sobre el monte Ni-Kew.

Por medio de un gesto—único idioma que en aquel instante podía hablar lord Witmore—preguntó á Tsin qué significaba el estruendo de la artillería. Respondióle el ministro con afabilísimo acento que la ciudad iba á celebrar la principal fiesta del año, la de la luna llena, y que esta iba á celebrarse, con gran satisfacción suya, delante de su casa, por haberlo así permitido los *lamas* del templo de la *Luz verdaderamente grande*, honrando de esta suerte al ilustre diplomático inglés.

La fisonomía de Tsin continuaba expresando la profunda satisfacción de un buen padre de familia, que busca todas las ocasiones de divertir y distraer á su *huesped* y se congratula de haberlas encontrado.

A la segunda salva de artillería el Kiosco de honor se abrió y el ministro ofreció asiento á su derecha al noble lord.

Al atravesar el jardín, Witmore cogió furtivamente dos naranjas para comérselas. El día de la fiesta de la luna llena no se come en casa de los ministros.

La plaza que se extiende delante del palacio donde estaba alojado el diplomático es inmensa; diez canales desembocan en ella. Es la Venecia de China, como ha dicho Macartney.

Hubiérase dicho que toda la ciudad habia acudido á aquella plaza. El desorden de la muchedumbre regularizábase algun tanto á fuerza de los palos de ciego que distribuian unas cuantas compañías de soldados; un escuadrón de *tigres* de la guardia imperial permanecía delante de una batería de doce cañones protegiéndola contra la loca curiosidad de los chinos á quienes el ruido emborracha como el vino.

De pronto, un grito agudísimo, un grito que las orejas europeas no conocen, un grito que parecia vibrar en un océano de hojas de cobre, el alarido, en fin, de toda una ciudad china levantóse en la plaza saludando la aparición de la luna sobre la colina de Mingtan. La artillería y uno ó dos millares de instrumentos sirvieron de acompañamiento al coro de las gentes. Infinidad de fuegos artificiales empezó á arder en los kioscos haciendo brillar los techos de oro de los palacios y pagodas y la porcelana de las torres que entónces parecian cubiertas de hojas de plata. A los fulgores de esta nocturna claridad, bailaban las muchachas sacudiendo manojos de cascabeles; los bateleros saltaban encima de sus barcas; los funámbulos corrían por sus cuerdas; los histriones representaban pantomimas; los *lamas* cantaban himnos á la luna, y á cada nueva salva de cañon el mismo alarido furioso resonaba en la ciudad; millares de linternas resplandecían en la calle semejanado una constelacion de fuegos fátuos, y todas las miradas, fijas en el cielo, seguian la marcha ascendente de la luna llena, que parecia acoger estos homenajes con la beatífica sonrisa de un ministro chino.

Maravilloso era tal espectáculo. Nuestras fiestas europeas son bien mezquinas junto á las de la luna llena, cuando toda una gran ciudad, llena de kioscos, cubierta de tejas doradas y placas de porcelana, iluminada por un sin fin de linternas y cohetes, saluda á la tranquila reina de la noche. El mismo lord Witmore, á pesar de su epidermis diplomática, se hubiera entregado al entusiasmo si su situacion higiénica se lo hubiese permitido. ¡Ay! El desdichado inglés, recostado sobre una columnilla del kiosco, no recobraba la nocion de la existencia sino con las detonaciones de la artillería; ningun otro ruido le arrancaba á su cadavérica inmovilidad. En uno de estos instantes de

reaccion y excitacion nerviosa, recogió los escasos sonidos que una última gota de saliva le pudo proporcionar y preguntó al ilustre Tsin si la fiesta sería aún muy larga.

—Oh! sí, respondió el chino, bastante larga; durará hasta el amanecer.

Y recorriendo con el dedo toda la bóveda celeste, de Oriente á Poniente, dió á entender el ministro que la fiesta duraba mientras el bendito astro brillaba sobre el horizonte. La redonda faz del ministro llenóse de alegría al anunciar tan grata nueva al enviado inglés.

Llegó por fin lord Witmore á un grado de aniquilamiento que la fisiología no ha puesto entre sus observaciones y que no pertenece al sueño, ni á la vida, ni á la muerte. Para despertarle fué menester nada ménos que la espantosa explosion de un millon de voces, coro final que daba el adios á la luna, al levantarse el sol.

Lord Witmore, apoyado en los brazos de los dos hijos de Tsin, bajó á su cuarto penosamente, pudo acostarse á duras penas y volvió á caer en su penoso letargo. Unas cuantas horas de reposo horizontal le aliviaron algo.

Tuvo una pesadilla, y cuando un buey de afiladas puntas iba á destrozarle en traje de torero, despertó á tiempo que penetraba en la alcoba el simpático ministro chino.

Anuncióle éste que habia recibido una carta de Zhé-hol y que el emperador permitia á lord Witmore permanecer tres meses en Tong-tchu-fu. El noble lord lanzó un suspiro y simuló un gesto en accion de gracias. Añadió el ministro que el presidente de la Sociedad Histórica esperaba su visita en el templo de la *Luz verdaderamente grande*, y que para recibirle se habian hecho soberbios preparativos.

—Devolveré la visita al Presidente, dijo lord Witmore con acento igual al postrer suspiro de la resignacion.

Sonrióse el Ministro como de costumbre y tomó el aspecto de un hombre que se violenta para pedir un favor. Witmore abrió á medias sus enrojecidos ojos y le miró fijamente, encorvado como un signo de interrogacion.

Díjole entónces el ministro que todos los letrados de la ciudad esperaban de él, como contestacion al discurso del presidente, que hiciera la historia completa de Inglaterra, traducida al chino.

—¿Y quién debe traducirla á vuestro idioma? preguntó el inglés con visible terror.

—Vos, respondió el chino con deliciosa sonrisa.

—Pero ¿cómo quieren que en un dia les traduzca diez tomos de historia?

—Teneis tres meses de tiempo.....

—Ah! dijo Witmore, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Decid á los letrados que cumpliré sus deseos, añadió el lord. El tono con que dijo estas palabras demostraba que el agonizante inglés habia tomado una enérgica resolucion.

Cuando estuvo solo, lord Witmore entabló este monólogo:

—¡El demonio se lleve á la China con todos sus chinos! ¿Pasar yo tres meses aquí? ¡Ni tres dias! ¡Ni siquiera tres horas! Verémos á ver quién lleva el gato al agua.....

¡Y lord Bathurst me habia encargado el sondear este estanque inmenso donde se enfangan trescientos millones de hombres! ¡Sí, buenas y gordas! Que venga él, si le da la gana, á sondearlo..... Lo que yo sondeo es mi estómago, sin encontrar nada en él.

Este chiste inglés hizo sonreír al pobre Witmore; intentó dar algunos pasos y se encontró más fuerte:

una resolución firme influye siempre eficazmente sobre un cuerpo débil.

Witmore meditaba una evasión.

Concebido el plan, aceptó alegremente el noble lord todas las incómodas contingencias de su esclavitud. Comió valerosamente en la mesa de Tsin é hizo honor á la cocina vegetal. Acto continuo se encaminó al templo de la *Luz verdaderamente grande* para devolver la visita á los letrados.

Este templo es una de las maravillas de la China. La estatua del dios está colocada sobre un resplandeciente altar de oro; una multitud de devotos inunda las gradas todas del santuario. El resto del templo permanece abandonado á las ocupaciones más profanas. Familias sin techo ni hogar que van allí á buscar abrigo y hacer sus comidas; comerciantes que tratan de sus negocios; capitanes de juncos que fuman ópio; muchachas que buscan marido; sacerdotes que juegan al ajedrez; aquello es un compendio en acción de la vida china. Cuando lord Witmore entró en el templo, encontró á los sábios fumando ópio y mirando al cielo.

La visita fué muy corta; el noble lord no pronunció discurso alguno, pero prometió traducir la *Historia de Inglaterra* en lengua china y traer el manuscrito á los letrados antes de tres meses.

Los sábios se balancearon sobre sus sillas sacudiendo la cabeza como para dar gracias al futuro traductor.

El bueno de Tsin parecía hallarse en el colmo del éxtasis. Lord Witmore jamás le cojía en falta; ni á la suela del zapato de este astuto chino hubiesen llegado los mismísimos Talleyrand y Metternich. Desde la punta de sus piés á la de su cola, tomaba todo el aspecto de un hombre de bien. Ni un pliegue de su cara ó de su traje denunciaba sus negras intenciones y sobre el perpétuo carmin de sus mejillas no brillaba otra expresión que la de la bondad: figura de ángel con alma de demonio y perfiles de orangutan.

Vuelto al palacio del ministro, lord Witmore afectó cierta indiferente tranquilidad ó ligero aturdimiento para engañar á sus huéspedes con estos pobres recursos de la astucia europea y ocultar sus proyectos de próxima evasión. Tomó todas las posturas y todos los tonos que el repertorio de la diplomacia europea pudo proporcionarle; mostróse afectuosísimo para con la familia del ministro; pidió una libra de papel de Pekin y un frasco de tinta de Zhé-hol para escribir su traducción de la *Historia de Inglaterra*; fumóse dos pipas de ópio para darse aires de extranjero que quiere aclimatarse y adoptar las costumbres de un país donde piensa habitar por largo tiempo. El ministro, por su parte, simulaba la inocencia y el candor de un muchacho; trataba á lord Witmore como si hubiera querido entablar con él íntima y duradera amistad: hasta llegó á ofrecerle un harem escogido expresamente para él en los más aristocráticos establecimientos de Tong-tchu-fu.

Inútil es decir que el ministro había adivinado el proyecto de evasiva, aun ántes de que Witmore lo hubiera formado. De esta suerte, el ministro chino se había burlado completamente del diplomático de Albion al combinar éste las más sutiles maquinaciones que se aprenden en St. James, ¿para qué? para el mejor éxito de un plan que favorecía los intereses de su enemigo. El lord se hubiera dado á los diablos si por un momento hubiese sospechado el irónico sarcasmo con que desde sus adentros le observaba el cuadrúmano chino.

La oferta del harem acabó de trastornar á Witmore: hubiera dado su fortuna por hallarse á bordo de un navío bogando por el mar Amarillo. Temía á cada instante ver entrar, al compás de los cascabeles y de alegres risotadas, todo un formidable paraíso de muchachas de ojos oblicuos, narices chatas y piés de

chiquillo. El honor de la Gran Bretaña hallábase comprometido en su persona; aceptar ó rehusar el harem equivalía á chocar contra un doble escollo. Preciso era, pues, partir cuanto ántes.

Apenas reinó el silencio en el palacio de Tsin, lord Witmore abandonó su cuarto y hallando, no sin extrañeza, abiertas delante de él todas las puertas, llegó á la plaza pública sin la menor novedad. Estaba solo; su único criado habíase quedado afortunadamente en la aldea de Nien-sin, junto á la última esclusa del Canal Imperial. Su traje chino, robado en el guardarropa de Tsin, favorecía su fuga, iluminada desgraciadamente por una luna de las más chinescas dimensiones. De canal en canal, prodigando el oro á los bateleros, encontróse bien pronto en la gran vía acuática que se enlaza con el río Amarillo, y sin embargo no se creyó obligado á dar gracias á la Providencia hasta que descubrió las fértiles llanuras de Tche-Kia.

Quince dias despues lord Witmore bogaba sobre el mar Amarillo á bordo de la fragata inglesa *Ci-lon*, que por aquel entónces se paseaba delante de la China para enseñarle el pabellón británico á la distancia de medio tiro de cañon.

En los ócios de la travesía, lord Witmore escribió una larga memoria dirigida á lord Bathurst. Jamás ha sido impreso este trabajo; está cuidadosamente guardado en el archivo de la oficina de Whitehall y los diplomáticos lo consultan siempre que las cuestiones de China se ponen sobre el tapete. Lord Witmore ha descuidado en su manuscrito las descripciones topográficas, dejando—segun dice—este frívolo entretenimiento á los viajeros vulgares y contentándose con sondear moralmente ese estanque inmenso donde se encenagan trescientos millones de seres humanos. El trabajo de lord Witmore concluye con este retrato, digno del mismo Addison:

«El chino tiene torpe el espíritu y grosero el entendimiento: solo tiene dos sentidos, tres ménos que nosotros; su candidez solo se puede igualar con su ignorancia. Es tan fácil engañarle como lastimoso el usar con él de la astucia. En el chino la materia es tan espesa que rechaza, como una especie de coraza, toda suerte de agudezas. Trabaja por instinto: hoy hace lo mismo que ayer. Sacadle de esos pantanos y cenagales y perece como el pez fuera de su elemento. Ese es un pueblo de castores; su país es un charco inmenso, su alimento una raíz tuberculosa, su cabellera una cola, su mano una pata, su idioma un grito. Yo he conocido íntimamente al primer ministro de esos castores; me he servido de él cuando la ocasion se me ha presentado, y cuando ha podido servirme de obstáculo lo he convertido en mi juguete como una débil caña.»

Así es como lord Witmore estudió el carácter chino. ¡Aprended, oh diplomáticos!

POR ELLA Y PARA ELLA.

I.

Al ver tu cara divina
Y tu talle encantador,
Dice el vate: *Es una ondina,*
Y el botánico: *Una flor.*
El astrónomo: *Una estrella,*
Un músico: *Es la armonía,*
Las gentes todas: *¡Qué bella!*
Yo: *¡La dulce musa mia!*
Un militar: *Mi valor*
Rinde tan bello enemigo;
Y responde un cazador:
Ansioso su pista sigo.

Un pintor entusiasmado:
¡La Virgen de Rafael!
 Un goloso: *¡Qué bocado!*
 Un marino: *¡Qué bajel!*
 Un ateo: *Creo en Dios*
Si ángeles tan bellos hizo;
 Un Tenorio: *De ella en pós*
Me arrastra su amable hechizo.

Un entusiasta: *Su pura*
Beldad de amor me enajena;
 Y un filósofo murmura:
¡Oh engañadora sirena!
 Y en tanto yo, que recelo
 Viendo tus divinas galas,
 Que eres un ángel del cielo
 Que dejaste allí las alas,
 Digo que nada hay tan bello
 En tu figura hechicera
 Como el dorado destello
 De tu rubia cabellera;
 Corona de luz que empaña
 A la luz del claro día,
 Gloria del suelo de España,
 Cielo de mi fantasía.

II.

Cuando brilla la aurora
 Con sus puros fulgores
 De nácar y de rosa en el Oriente,
 Tu tez rosada, suave, encantadora
 Envidia dá á las flores,
 Y á los jazmines tu nevada frente.
 Cuando el esbelto nardo
 Se mece en la sombría
 Selva espesa al arrullo de los vientos,
 No es como tú gallardo
 Ni copia la armonía
 De todos tus gentiles movimientos.

III.

Fuente apacible,
 Lago sereno,
 Que el brillo copian
 Del puro cielo,
 Parecen, niña hermosa,
 Tus ojos hechiceros.
 Mas ¡ay! que á veces
 Lanzan reflejos
 Como las olas
 Del mar inmenso,
 Que enturbian de tus ojos
 El resplandor sereno.
 Y ¡cuán traidores!
 Amor fingiendo
 Y siendo azules
 Como los cielos,
 No sé qué imán poseen
 Y qué escondido fuego
 Que á quien te mira rinden
 Con yugo sempiterno...

IV.

En un jardín frondoso
 Un clavel á una rosa le decía:
 «En vano, oh flor, el brillo delicioso
 De sus lábios imitas á porfía;
 La humana fantasía
 Con tu color compara
 De aquellos lábios la belleza rara,
 Mas entre todas las pintadas flores
 No existe una que iguale ¡oh desconsuelo!
 Los lábios de esa niña seductores,
 Clavel caído del jardín del cielo.»

V.

Blanca eres cual la azucena,
 Rubia como el sol radiante,
 Y tienes de las morenas
 La sal toda y el donaire;
 Grave, modesta, hermosísima,
 Tienes el rostro de un ángel,
 Y las almas encadenas
 Como sirena implacable...
 ¿Quién eres, que así posees
 Tan increíbles contrastes?
 ¿Eres mujer ó eres diosa,
 Enigma de mis afanes?

VI.

Sonríe la encantada primavera,
 Y despierta la tierra estremecida;
 Sonríe la alborada, y á su brillo
 La creacion espléndida palpita;
 Sonríes tú y de clara luz se baña
 El ambiente al fulgor de tu sonrisa,
 Que envidiarán los ángeles del cielo
 Y las mujeres que la tierra habitan.

VII.

Tienes ojos azules
 Como las olas,
 Mejillas sonrosadas
 Como la aurora,
 Mas nada tienes
 Cual los dorados rizos
 Que ornan tu frente.
 Al contemplar su brillo,
 La espiga rubia
 De celos y de enojos
 Se inclina mústia,
 Y á mí me hechizan
 Tus cabellos, más rubios
 Que las espigas.
 Más rubios y brillantes
 Que el sol de Mayo,
 Todo luz, poesía,
 Vida y encantos,
 Más hechiceros
 Que el reflejo del día
 Claro y espléndido.
 Semejan leves ondas
 De un lago de oro,
 Inán de mis miradas,
 Luz de mis ojos,
 Cárcel divina
 De amor donde las almas
 Gimen cautivas.
 Tienes mucho donaire,
 Mucha belleza,
 Bondad, gracia y talento
 Que me enajenan...
 Mas nada tienes
 Cual los dorados rizos
 Que ornan tu frente.
 Deja que á sus fulgores,
 Doncella hermosa,
 Mi ánima deslumbrada
 Te admire absorta;
 Deja que cante
 Tus rizados y rubios
 Cabellos de ángel.

P. DEL NIDO.